

Un viajero romántico llamado Washington Irving

M. Fátima de la Fuente del Moral

Doctora en Economía; catedrática invitada por la Universidad de Neu-Ulm (Alemania)

Publicación	Torre de los Lujanes, n.º 71
Fecha	Madrid, diciembre de 2017
Páginas originales	53-62
Tipo documental	Artículo biográfico e histórico
ISSN	1136-4343
Identificador	TDL-71-2017-053-062

RESUMEN DOCUMENTAL

Estudio biográfico sobre Washington Irving como escritor, diplomático y viajero romántico, con especial atención a sus estancias en España y a su relación con la Alhambra. El texto reconstruye su formación, sus viajes europeos, su actividad diplomática y el modo en que sus diarios y relatos difundieron una imagen literaria e histórica de Granada y del patrimonio español. La autora destaca la capacidad de Irving para combinar observación, imaginación y sensibilidad romántica, así como su papel en la valoración internacional de la Alhambra. El artículo sitúa su obra entre la literatura de viajes, la mediación cultural y la defensa del patrimonio.

PALABRAS CLAVE

Washington Irving · Alhambra · Romanticismo · viajeros · Granada · patrimonio cultural

CITA BIBLIOGRÁFICA

M. Fátima de la Fuente del Moral. "Un viajero romántico llamado Washington Irving". Torre de los Lujanes, n.º 71, 2017, pp. 53-62. ISSN 1136-4343.

Nota: el resumen y las palabras clave son descriptores documentales generados para facilitar la búsqueda y no sustituyen un resumen firmado por el autor.



UN VIAJERO ROMÁNTICO LLAMADO WASHINGTON IRVING

M. Fátima DE LA FUENTE DEL MORAL

Doctora en Economía

Catedrática invitada por la Universidad de Neu-Ulm (Alemania)

Al caer la tarde, llegué al sitio en que el camino serpentea entre montañas y allí me detuve para dirigir una última mirada sobre Granada. Ahora podía comprender algo de los sentimientos experimentados por el pobre Boabdil cuando dio su adiós al paraíso que dejaba tras él y contempló ante sí el áspero y escarpado camino que conducía al destierro”. Con estas palabras, recogidas en su cuaderno de viaje, Washington Irving se despedía de la Alhambra. El verano de 1829 avanzaba y sus obligaciones laborales lo obligaron a alejarse para siempre de aquel lugar de ensueño que tanto lo había cautivado.

Quién era Washington Irving. Pero ¿quién fue este gran divulgador del patrimonio histórico, con quien la Alhambra tendrá siempre una deuda infinita? Nacido en Nueva York en 1783 y fallecido en la misma localidad en 1859, Irving fue escritor, historiador, diplomático y antropólogo. Pero, sobre todo, estamos ante un gran viajero romántico. Su curiosidad hizo que fuese anotando cuanto veía y experimentaba. Cosmopolita, moderno y dotado de una inagotable imaginación, nunca dejó de mostrar un enorme deseo por conocer nuevos territorios. En vida, logró el éxito como escritor y fue reconocido tanto por sus labores diplomáticas como por su faceta de investigador pleno de inquietud e inteligencia. A veces, escribía bajo el pseudónimo de Jonathan Oldstyle, como salvaguarda ante las posibles reacciones airadas de una sociedad que, en ocasiones, padecía su sátira e ironía.

Posiblemente sea “Cuentos de la Alhambra” la obra más famosa de Washington Irving. En ella, que constituye una auténtica guía de iniciación para el conocimiento del monumento, nos ayuda como nadie a que imaginemos cómo fue la vida pasada en los palacios nazaríes. Leyéndola, es fácil que sintamos el deseo de experimentar las sensaciones que él tuvo mientras recorremos sus estancias, observamos el paisaje que nos rodea o escuchamos los sonidos del agua. Según él mismo recomienda, para poder acercarse a la Alhambra como él lo hizo, el lector tiene que abandonarse a la imaginación y “sólo ha de recordar que camina por los salones de un palacio encantado y que todo es terreno fantástico”.

Primeros pasos en España. Washington Irving llegó a España en 1826 tras haber visitado Inglaterra, Italia, Alemania y Francia, donde aprendió castellano. Precisamente en París se encontró con Alexander Everett, embajador estadounidense en Madrid. Viendo las cualidades de Irving, le propuso que tradujese al inglés unos documentos relacionados con América. Éstos habían sido publicados en el libro “Colec-





DE LA FUENTE DEL MORAL

ción de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV”, escrito por Martín Alonso de Navarrete. Siempre curioso y con enormes ganas de viajar, nuestro protagonista acepta encantado. Para que pueda llevar a cabo esta labor, se le ofrece un puesto honorario en la embajada. A partir de entonces, ejercerá como investigador en archivos y bibliotecas españoles. Como es habitual en los viajeros románticos, deja constancia en sus cuadernos de las experiencias vividas. Lo hace con fino ingenio y con gran sentido del humor. Pronto descubre que nuestro país es un territorio lleno de inseguridades, tanto en los caminos como en las posadas. Nada mejor ni más fascinante para dar rienda suelta a su inspiración literaria.

El 11 de julio de 1828 escribe al embajador Everett y le presenta los avances que va haciendo con sus investigaciones. Dice: “La semana pasada fui al puerto de Palos a visitar el lugar desde donde salió Colón en el primer viaje del descubrimiento. El viaje fue algo duro y tuve que soportar las acostumbradas molestias de las posadas españolas, pero me siento muy satisfecho de haberlo hecho. Llevaba una carta para uno de los descendientes de los Pinzón, un respetable y educado caballero de sesenta y dos años de edad, de buena salud, alegre y activo. Me recibió con gran hospitalidad, me presentó a sus familiares y me acompañó a todos los lugares relacionados con la historia de la expedición. La familia Pinzón es todavía numerosa y floreciente y desde el tiempo de Colón ha vivido en la vecindad, principalmente en Moguer, donde sus miembros poseen las casas mejores y durante siglos han ocupado los puestos de mayor confianza e influencia de aquella pequeña ciudad. Visité Palos, el convento de la Rábida, la iglesia en la que se leyó la orden de preparar las carabelas y la otra iglesia donde pasó toda la noche rezando después de su regreso para cumplir una promesa que había hecho durante una tormenta en el mar. En una palabra, busqué todo lo que tenía alguna relación con él y con su historia”.

Una crónica sobre la toma de Granada. Pero, pese a que nuestro diplomático emprendió con entusiasmo la labor que se le había encomendado, al cabo de un tiempo pensó que quizá el lector acogería mejor una biografía documentada de Colón que el trabajo que le habían encargado. Será el primero en intentar algo semejante. Sabemos que se sumergió, buscando información, en la Biblioteca Nacional de Madrid, en el Archivo Real, en el del Colegio Imperial de los Jesuitas, en la Biblioteca Colombina y en el Archivo de Indias. Era muy disciplinado en su método. Se levantaba temprano y escribía a lo largo del día. Siempre tenía en marcha libros e investigaciones. Como trabajador sistemático, no paraba de revisar y de corregir sus escritos. El caso es un día se dio cuenta de que la que se traía entre manos no era una labor sencilla y requería una constante referencia a documentos históricos. Decide entonces abandonarla y comenzar una crónica sobre la toma de Granada. Sus lazos con esta preciosa ciudad van a empezar a estrecharse.

Washington Irving ya conocía Granada. Sus pasos lo habían llevado allí en mayo de 1828. A sus cuarenta y cinco años, ya desarrollaba, por entonces, una actividad incesante. Esta primera estancia durará once días, en los que estará alojado en la “Fonda del Comercio”.





FÁTIMA

Los viajes románticos. Pero hablemos de cómo eran los viajes en aquellos tiempos. Lo cierto es que constituían, en sí mismos, una gran aventura. Para desplazarse a Andalucía por primera vez, Irving sale en diligencia desde Madrid, donde ya lleva viviendo dos años. Lo hace acompañado por dos amigos, además del cónsul y del secretario de la embajada rusa en Madrid. El grupo viaja durante la noche. Paraban para desayunar y seguían avanzando hasta el mediodía. Entonces, hacían una larga parada, comían y descansaban hasta la medianoche. Nuestro diplomático describe La Mancha como un lugar “triste” y “sin árboles”. Sin embargo, su espíritu revive al entrar en Andalucía. Le cautiva el campo, que, según sus palabras, presagia la primavera. Para él, es un paraíso inesperado por sus contrastes, su belleza y la felicidad de sus gentes. “Había días en que atravesábamos escenarios de extraordinaria rudeza y salvaje sublimidad que jamás olvidaré”, escribe.

El destino final de esta primera expedición andaluza será Sevilla. Hasta alcanzarlo, recorrerán Córdoba, con calles “sinuosas, estrechas y carentes de personalidad”, como él mismo detalla, Málaga, Ronda, Gibraltar, Cádiz, Sevilla, el Puerto de Santa María y Granada. Sabemos, por sus notas, que la llegada a Sevilla fue de su agrado y que lo hicieron montados en un vapor llamado *Betis*. Washington Irving tiene, no obstante, palabras críticas con Gibraltar, de donde destaca que posee un poderoso y bien equipado ejército británico, además de negocios y bancos. No es eso lo que le interesa. Por lo que cuenta en su diario, el camino entre Granada y Málaga fue largo y peligroso, ya que tuvieron que cabalgar, en ocasiones, al borde de las montañas, por caminos que se precipitaban al mar. La subida a Ronda también la hacen a lomos de caballo, bajo una lluvia que no cesaba. Pero lejos de desanimarlos, el escenario y la experiencia hacen las delicias de estos viajeros románticos. Desde Málaga, escribe: “Llegamos ayer aquí después de nueve días de duro viaje desde Granada en el curso del cual visitamos las minas de Berja, pasamos por los más bellos paisajes de las Alpujarras y a lo largo de los montes que bordean el mar Mediterráneo. La mayor parte de nuestra ruta ha sido increíblemente fatigosa, en medio de salvajes panoramas y en una parte del país totalmente desprovista de comodidades, pero hemos sido recompensados por la sublimidad de estos paisajes de ásperas montañas que me han impresionado en algunos momentos con sentimiento de severa grandeza como los que he sentido al leer las páginas de Dante. Como en sus poemas, esta austera majestad se ve a veces suavizada por impresionantes bellezas inesperadas porque nada puede sobrepasar la suave y tranquila belleza de las pequeñas y fértiles vegas que aparecen por aquí y por allá encerradas en los abrazos marmóreos de las Alpujarras”.

Desde la fuente del Patio de los Leones. Un día, desde el Patio de los Leones, tras haber diluido la tinta de su pluma en el agua de la fuente, escribe a sus amigos: “Estoy muy contento con mis compañeros de viaje. Stoffregen, que nunca ha viajado a un lugar tan al sur como ahora y está en continuo éxtasis al disfrutar del lujo de un clima tan meridional y cuando se encuentra en un naranjal y ve los árboles llenos de su fruto dorado y los setos de áloe, las higueras y el arrayán, parece bebido. Es verdad que su felicidad está sometida a continuas interrupciones al indignarse con los posaderos, arrieros, camareros y toda la gentuza vagabunda de las posadas. Es demasiado





DE LA FUENTE DEL MORAL

susceptible a las grandes incomodidades de viajar por España, que en verdad son suficientes para probar la paciencia de todo un Job. De esta manera, entre las delicias del país y del clima y las abominaciones de las posadas y sus moradores, padece alternativamente una continua fiebre de placer o de sufrimiento. En cuanto a Gessler, puedo decir que su conducta ha sido para mí una ininterrumpida fuente de admiración y me ha convencido de la veracidad de algunos cuentos de hadas que hasta ahora había considerado simples cuentos de hadas. Posee dos poderes mágicos: una maravillosa botella de cuero que nunca se agota, aunque se usa con frecuencia, y una bolsa semejante en cuanto a la increíble abundancia de su contenido a las del misterioso amigo de Peter Schemil (quien, según un cuento del siglo XIX, vendió su sombra a un desconocido –el demonio– para conseguir la admirable bolsa de Fortunato, muy parecida a la de Gessler). De esta bolsa, cada vez que nos veíamos con necesidad de comer algo mientras viajábamos, sacaba jamones, salchichas, aves, conservas y, sobre todo, un pastel dentro del cual estaba un pez tan monstruoso como el que se comió a Jonás. Siento dudas inquietantes en cuanto a la manera en que Gessler haya podido conseguir estos poderes milagrosos y estoy siempre vigilante para tratar de comprobar si, como Peter Schemil, él también ha vendido su sombra, pero me he alegrado al comprobar que sigue teniendo sombra suficiente para el volumen de dos hombres. A pesar de todo, nunca he participado del contenido de su botella de cuero ni de su bolsa mágica sin hacer antes la señal de la cruz, por lo cual he escapado hasta ahora libre de todo daño”.

Una vez en Sevilla, se hospeda en la pensión regentada por Mrs. Stalker, especial para huéspedes ingleses y norteamericanos. Le encantaba la catedral y acude con asiduidad a la ópera. Elegante y exquisito, se movía en los círculos culturales más selectos. Pero Irving es curioso e intrépido, así que prueba incluso con los toros. Sabemos que acude a las corridas a la Plaza de la Maestranza. Tanto le llama la atención este espectáculo, que habla de él a su amiga mademoiselle Bolviller, con la que se cartea. Ella le dice que no puede entender cómo una persona tan culta y sensible como él es capaz de disfrutar de un espectáculo tan bochornoso. Irving responde: “Me dice que ha estado en una corrida de toros y que ha renunciado de por vida a asistir a esa clase de espectáculos. Estaría muy equivocado en la opinión que me he formado de usted si encontrara placer en esos bárbaros espectáculos. Tenga seguridad de que ni las mejores ni las más violentas partes de nuestra naturaleza encuentran satisfacción en ellos. Soy de la opinión de que hay una extraña mezcla de cobardía y ferocidad en la búsqueda de una seguridad egoísta y en gozar con los peligros y sufrimiento de los demás. *La parte de divinidad que habita dentro de nosotros* (Hamlet) no tiene nada que ver con esta clase de placeres, que pertenecen a nuestra naturaleza terrenal, bestial y burda. He bajado considerablemente en el buen concepto de mí mismo desde que me he dado cuenta de que puedo encontrarme a gusto en estos espectáculos y me daría mucha pena que usted fuera tan mala a este respecto como a mí me sucede”.

El regreso a la Alhambra. Pero es Granada la ciudad lo deja especialmente fascinado. Debido a ello hará lo posible por volver. Así, el 4 de mayo de 1829 regresa a la ciudad del Darro. Se quedará hasta el 29 de julio. En esta ocasión, viaja acompañado





FÁTIMA

por el príncipe ruso Dolgoronky y consigue alojarse en el interior del palacio nazarí, tras pedir autorización al gobernador. Para él, la Alhambra es un escenario prodigioso que hunde sus pilares en un territorio en el que se siente de lo más cómodo: la imaginación.

Será dentro de la Alhambra donde este diplomático estadounidense, quizá aturdido por la fuerza y por la originalidad de todo lo que ve, conciba la idea de escribir “Cuentos de la Alhambra”. En estos relatos plasma la realidad que encuentra, solo que interpretándola con las claves del romanticismo. Esto es, manifestando libremente sus impresiones personales y sentimientos, mientras concede importancia a lo fantástico, a lo irracional o, incluso, a lo onírico. No olvidemos la definición que Charles Baudelaire da de romanticismo: “El romanticismo reside en la manera de sentir. A mi juicio, el romanticismo constituye la expresión más reciente de lo bello. Quien dice romanticismo dice arte moderno; es decir, intimidad, espiritualidad, color y aspiración al infinito. Todo ello expresado por medios artísticos”. Por tanto, podríamos decir que Washington Irving, en sus “Cuentos de la Alhambra”, se va alejando poco a poco de una realidad lógica, que utilizará para vertebrar sus relatos, y nos sumerge en su propia fantasía plástica. A lo largo de la obra, trata de interpretar lo que ve, aportando su toque personal, su propia percepción individual. Así, añade fantasía y magia a los datos que va recopilando.

Irving encuentra la Alhambra en un estado bien diferente a la que vemos hoy día. Devastada por causa de los efectos de la ocupación francesa, el conjunto palatino se hallaba transformado en una ruina exótica. Él demuestra mucha sensibilidad hacia cuanto tiene alrededor y aprecia, de manera especial, el encanto decadente y romántico del espacio que habita. Para poder imaginarnos el escenario en que se mueve, quizá ayude contemplar las obras realizadas por pintores del romanticismo, tales como David Roberts, Constable o Jenaro Pérez Villaamil. Sus obras pictóricas sirven para admirar fragmentos del pasado como los que Irving encuentra.

Un montón de nuevos amigos. Los palacios nazaríes estaban entonces habitados por población marginal. Irving convive con ella. El primero de estos vecinos con que se encuentra se llama Mateo Jiménez. Él mismo lo bautiza como un “harapiento filósofo” cuando nos lo presenta en su libro. De ese primer encuentro, narra que Jiménez le sale al paso y se le ofrece como guía. Irving escribe: “Tengo la habitual desconfianza del viajero ante los cicerones officiosos, así que le dije: *Presumo que está usted familiarizado con el lugar.* A lo que él respondió: *Ninguno más; pues, Señor. Soy hijo de la Alhambra.* Los españoles de a pie tienen en realidad la manera más poética de expresarse. ¡Un hijo de la Alhambra!”. A partir de ese momento comienza entre ambos una estrecha relación que irá tornándose en una sincera amistad. De hecho, cuando Irving abandona la Alhambra, Mateo lo acompañará, junto con otros pobladores del conjunto palaciego, y no se apartará de su lado hasta que hayan recorrido un buen trecho del camino. Como agradecimiento, Irving lo menciona en repetidas ocasiones a lo largo de su obra y, con lucidez e inteligencia, señala que, gracias a él, Jiménez se convertirá en un cicerone officioso de lo más demandado y remunerado. Esto fue así, ya que, tras la estancia de Irving, todos los viajeros románticos que se





DE LA FUENTE DEL MORAL

dejaban caer por Granada lo buscaban con gran interés. Intuyendo que esto pasaría, nuestro escritor deja escrito que imagina que su amigo pronto cambiaría la andrajosa, raída y desgastada capa parda que llevaba cuando lo vio por primera vez por un atuendo más nuevo y elegante.

Podemos observar que, lejos de encontrarse fuera de lugar entre personas que pertenecían a una clase social tan diferente a la suya, Irving se siente con ellos como pez en el agua. Le gustaba tratar con las personas auténticas, sin importarle su grado de instrucción o su clase social. En general, se muestra comprensivo y razonable con todos ellos. Esto dice mucho de su personalidad abierta. De quienes lo rodean escribe: “El pueblo llano es maravillosamente pintoresco en todas sus actitudes, reuniones y vestimenta. Es una fuente de continuo placer para mí pasear por las calles, anotar las figuras y los grupos de nuestro alrededor”. Con gusto, destaca algunas características físicas de ellos, como de los oscuros ojos de una andaluza, que, según él, “estaban llenos de fuego”. Al margen de la fascinación que siente por ellos, nos habla de una población muy supersticiosa, que siempre cree que los espíritus de los moros van a revelar secretos sobre lugares donde dejaron tesoros escondidos. También hace referencia a la ignorancia del vulgo o a la corrupción, mientras nos presenta rasgos característicos de los españoles o de la cultura imperante.

Llega una carta. Y en esas estaba cuando, el 18 de julio de 1829, recibe una carta. La misiva le comunica que ha sido propuesto por el Secretario de Estado, que por entonces era Martín van Buren, como secretario de la embajada americana en Londres. Irving, que no espera nada semejante, se debate entonces en un mar de dudas. Aceptar significa el fin repentino de sus sueños en la Alhambra. En las cartas que escribe en los días siguientes a amigos y familiares se muestra inquieto y perplejo. Todos lo animan a aceptar el nombramiento, excepto su hermano Peter, que piensa que merece un puesto de mayor importancia. Finalmente, nuestro hombre acepta. Deja escritas sus sensaciones: “Mi feliz y apacible reinado en la Alhambra fue bruscamente interrumpido por la llegada de unas cartas –mientras me entregaba a la voluptuosidad oriental en las frescas salas de los baños- requiriéndome a salir de mi paraíso musulmán para sumirme una vez más en el bullicio del polvoriento mundo. ¿Cómo iba a salir al encuentro de sus inquietudes, después de semejante vida de tranquilidad y ensueño? ¿Cómo podría yo soportar su vulgaridad, tras haber disfrutado de la poesía del palacio nazarita?” Al margen de otras cosas, es fácil percibir que Irving se muestra siempre defensor de los musulmanes en la época medieval y valora tanto su refinamiento como su amor por las artes y las ciencias.

Viajará hacia Barcelona, Lyon, Ginebra y París para llegar, al fin, a Londres. Como escritor que es, también deja recogida su partida. Así la describe: “Pocos preparativos fueron necesarios para mi partida. Un vehículo de dos ruedas, llamado tartana, muy parecido a una carreta cubierta, sería el medio de viaje de un joven inglés y mío, a través de Murcia, Alicante y Valencia, en nuestra ruta hasta Francia. Un individuo de largas piernas que había sido contrabandista y, según yo entiendo, un ladrón, había de ser nuestro guardián y guía. Pronto concluyeron los preparativos, pero surgieron dificultades para la marcha, que un día y otro era aplazada. Así transcurrieron



FÁTIMA

algunos días, en los que me dediqué a vagar por mis lugares favoritos que cada vez se ofrecían más deliciosos a mi contemplación”.

Nos se olvida de sus amigos, a los que dedica algunas líneas: “Asimismo, el reducido mundo social y doméstico en el que me moviera se me había hecho singularmente querido y la preocupación que demostraron ante mi proyectada partida me convenció de que eran recíprocos esos cariñosos sentimientos”.

La despedida de Granada. Algunos de los vecinos con los que había convivido lo acompañan en su marcha. De ellos cuenta: “¡Humilde era el cortejo y melancólica la partida del segundo *Rey Chico*! Manuel, el sobrino de la *tía Antonia*, Mateo, mi oficioso y ahora desconsolado escudero y dos o tres viejos inválidos de la Alhambra, con quienes había departido en amigables charlas, bajaron para verme partir, ya que una de las buenas y viejas costumbres españolas es la de salir varias millas a recibir al amigo que llega y acompañarle otras tantas cuando se va. Así, pues, iniciamos el viaje, nuestro zanquilargo guardián a la cabeza, con la escopeta al hombro, Manuel y Mateo, uno a cada lado de la tartana, y los dos inválidos detrás”.

Viéndose a sí mismo como segundo *Rey Chico*, Irving se vincula con la leyenda de la despedida del propio Boabdil y se convierte él mismo en mito. Quizá, a partir de ese momento, ambos podrían caminar juntos.

Sabemos que le dio pena marchar y abandonar la Alhambra y a sus nuevos amigos. Al respecto, escribe: “Murmuré un silencioso adiós al palacio y a sus moradores y bajé a la ciudad como si tuviese que volver de nuevo. Triste resultó en verdad la partida cuando me despedí de aquella buena gente y los vi descender lentamente las colinas, volviendo de vez en cuando la cabeza para decirme su último adiós. El pobre Mateo parecía realmente abatido. Se había ganado, de una forma u otra, un lugar más firme en mi simpatía de lo que yo esperaba”.

Como viajero romántico, no deja de ensalzar las ruinas orientales, en perfecta comunión con un paisaje que conmueve. Dice: “Como de costumbre, los rayos del sol poniente derramaban un melancólico fulgor sobre las rojizas torres de la Alhambra. Apenas podía distinguir la ventana de la Torre de Comares, donde me había sumido en tantos y tan deliciosos ensueños. Los numerosos bosques y jardines en torno a la ciudad aparecían ricamente dorados por el sol y la purpúrea bruma del atardecer estival se cernía sobre la vega. Todo era ameno y deleitoso, pero también tierno y triste a mi mirada de despedida. *Me alejaré de este paisaje –pensé– antes de que el sol se ponga. Me llevaré su imagen revestida de toda su belleza*”.

Comienza una nueva etapa. Pero la vida sigue e Irving es consciente de que su etapa granadina toca a su fin. Lo mejor es poner el pensamiento en la nueva etapa que está a punto de comenzar. Así nos lo comunica, mientras escribe: “Tras este pensamiento, proseguí mi ruta entre montañas. Un poco más y Granada, la vega y la Alhambra desaparecieron de mi vista. Así terminó uno de los más placenteros sueños de una vida que quizá piense el lector que estuvo demasiado tejida de ellos”.





DE LA FUENTE DEL MORAL

Nunca regresará a Andalucía, pese a que volverá a Madrid en 1842, con el cargo de embajador. Para entonces tiene ya cincuenta y nueve años. La edad y las dolencias que ésta lleva aparejadas, máxime en mitad del siglo XIX, le impiden emprender un viaje de unas características que ya conoce.

Por entonces, trece años después de haber abandonado Granada, publicará una versión final de “Cuentos de la Alhambra”. Su gran perfeccionismo lo llevará a darle a la obra formulaciones diversas hasta que, al fin, considere que ha alcanzado la forma definitiva. Trata de no olvidar que el cuento es una ficción que nadie da por cierta, además de tener una estructura muy cohesionada y repetitiva, bien armada, para dar solución a un conflicto. Así, nos presenta historias muy inocentes en las que, en general, es fácil percibir cuál va a ser el final. Se nota que ha ido recopilando historias sencillas, seguramente contadas entre sus vecinos en las noches de reunión popular.

En su obra emplea mucha descripción, como es habitual en el siglo XIX, pero la maneja con dinamismo, con gracia y con soltura. Probablemente estos rasgos forman parte del propio carácter del autor, que no deja de mostrarse optimista y siempre dispuesto a ver el lado aventurero y positivo de todo cuanto le va saliendo al paso. Es un observador lleno de sentido del humor y no deja de transmitir frescura y amor por la vida mientras se comunica con el lector, al que invita, incluso, a que lo acompañe en su ascenso a la Alhambra o al que presenta, con detalle, sus habitaciones y el espacio en el que vive.

La despedida definitiva de España. Se despedirá de España para siempre en 1844, momento en que embarcará en Barcelona. Es entonces cuando descubre a una bella mujer de mediana edad, perfil griego, pelo y ojos negros, labios gruesos y rosados, vestida de negro con una mano enguantada y la otra, de un blanco transparente. Como quiera que la dama se dio cuenta de la persistente mirada que Irving llevaba rato depositando en ella, le espeta, algo molesta, tal y como nuestro protagonista dejó recogido en su diario: “*Cualquiera pensaría que es usted un pintor haciendo mi retrato...* En efecto, dije, lo estoy haciendo; le escribo a un amigo del otro lado del mundo, contándole las cosas que pasan ante mí y nada me podría ayudar a hacer el apunte que el mejor modelo del país con el que me he encontrado”. No se puede negar que aquí tenemos una muestra de puro romanticismo.

Washington Irving está considerado, hoy día, un historiador en toda regla, atento, riguroso y muy fiable en el manejo de las fuentes historiográficas. En todo momento se muestra enamorado de la Alhambra y ofrece un concepto visual del monumento que resulta imprescindible para su comprensión. La prosa que emplea es evocadora e imaginativa. Podríamos decir que sus escritos parecen cuadros pintados con la palabra. Hablando de pintura, sabemos que sentía una fuerte admiración por esta manifestación artística. Con veintidós años llegó a plantearse dedicarse a ello. “¿Por qué no me quedo aquí y me hago pintor?”, escribió, mientras se encontraba en Roma. Le encantaba estudiar distintos pintores y disfrutaba captando y resumiendo sus características más esenciales. Mientras residía en Madrid, visitó, con frecuencia, el Museo del Prado. Murillo y Velázquez hacen sus delicias y se siente conmovido



FÁTIMA

ante Zurbarán. De José de Ribera destaca la oscuridad, la sombra y las cabezas. De Mengs, tras ensalzar la belleza de su colorido, señala que pinta con dulzura, aunque su obra resulta algo insípida.

Con Washington Irving queda claro que la veracidad histórica no debe ni puede estar en contradicción con la imaginación. De este modo, la vía para conquistar a los lectores queda abierta.

BIBLIOGRAFÍA

Beerman, Eric.: *Washington Irving en Madrid (1826-28): Cristóbal Colón, Revista Complutense de Historia de América*, 18, Madrid, 1992

Bowers, Claude G.: *Las aventuras españolas de Washington Irving*, Santiago de Chile, Zigzag, 1946

Calatrava Escobar, Juan: *Un retrato de Granada a principios del siglo XIX: los nuevos paseos de Simón de Argote*, en *Demófilo*, n° 35, 2000

Delpech, François: *Un mito andaluz: el reino oculto de Boabdil y los moros encantados*, *Antropología histórica de la ocupación territorial del Reino de Granada*, Granada, Diputación, 2000

Ford, Richard: *Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa*, Turner, Madrid, 1980

Galera, Andreu: *La imagen romántica de la Alhambra*, El Viso, Madrid, 1992

Hilton, S.L.: *Washington Irving: un románico entre Europa y América*, CSIC, Madrid, 1986

Ibáñez Álvarez, José: *Catálogo de estampas del Museo Romántico*, Ministerio de Cultura, Madrid, 2007

Irving, Washington: *Tales of the Alhambra*, Ediciones Miguel Sánchez, Granada, 2007

Lasso de la Vega, Antonio: *Un museo romántico en el Alcázar de Sevilla*, Sevilla, 1934

Penney, Clara Luisa: *Washington Irving Diary. Spain 1828-1829*, The Hispanic Society of America, Nueva York, 1926

Salmerón Escobar, Pedro: *La Alhambra. Estructura y paisaje*, Tinta blanca y Almuzara, Granada, 2006





DE LA FUENTE DEL MORAL

Williams, Stanley T.: *Washington Irving and Mathilda Hoffmann, American Speech*, Nueva York, 1926

Williams, Stanley T.: *The life of Washington Irving*, Oxford University Press, Nueva York, 1935

Williams, Stanley T.: *The Spanish Background of American Literature*, Yale University Press, Nueva Haven, 1955

